



MAESTRAS DESACATADAS ESPIANDO POR LA VENTANA, EN EL DÍA DE LOS JARDINES DE INFANTES

Por Silvia Laffranconi (Lotta)

Mayo, 2017

Ahí va de nuevo ella, otra vez cargada de cosas para el gran Día de los Jardines de Infantes. Y yo que pensaba que se había terminado la diversión del período de inicio. Es que los festejos no le dan tregua a la pobrecita, porque parece que a todos los próceres se les ha dado por, o realizar actos heroicos o morirse, entre los meses de mayo y agosto. Y si bien el público se renueva – como dijera la señora de los domingos – cada año hay que pensar algo distinto, novedoso y espectacular porque las familias esperan ser sorprendidas y que no se repita siempre la misma historia que tendrán que soportar con los nuevos hijos que van llegando a esta bendita Argentina. .

Yo creo que, o Rosario Vera Peñaloza debió haber encontrado otra fecha para irse de este mundo o que podrían haber elegido, en vez de “conmemorar” su muerte, “festejar” su

nacimiento que fue el 25 de diciembre de 1873. Aunque mejor retiro lo dicho, porque ya ver si a alguna mente brillante se le ocurre convocarlas el día de Navidad para organizar “algo” y se pierde la tranquilidad en el barrio”!



Pero creo que “ella” va a salir adelante, porque se la ve fuerte y sanita; siempre con una sonrisa en la puerta, charlando con “los papis” y escuchando todas las voces, todas, ¡TODAS!

Desde acá se escucha todo lo que hablan y a veces me dan ganas de salir a poner un poco de límite a tantos reclamos y necesidades: que si no encontró la hebillita del pelo; que si le dio el remedio a su nene a las 10 de la mañana, que si le tomó la fiebre; que si hizo caca o cuántas veces hizo pis; que por qué tiene semejante rasguño en la cara: “miren

como me la dejaron” le dicen. Y ella explicando y atendiendo a cada uno de los reclamos.

Ahora que lo pienso, no recuerdo si alguien alguna vez le preguntó qué enseñó ese día; o cómo se sintió, o si necesitaba algo. Pero bueno, tampoco vamos a victimizarla a la pobre, porque si los padres la vieran fuera de la escuela, no la reconocerían. El otro día se juntaron todas en la puerta del jardín para salir a festejar, supongo que otras cosas no tan patrióticas; aunque no por eso, menos importantes. ¡Y estaban irreconocibles! Claro, es que también tienen otra vida que va por fuera de las hebillitas perdidas y los pañales con caca.

Tendrán amores y desamores; encantos y desencantos; necesidades y sueños, como los habrá tenido Rosario Vera Peñaloza, que luchó contra viento y marea cuando ser docente no era tan decente para los ojos vecinos; y que no por tanto apellido habrá dejado de ser mujer, con todo lo que ello implicaba en esos tiempos. ¡Había que tener agallas para dejar las tareas de la casa en segundo plano y salir a enseñar en un mundo de hombres!

Pero por la sonrisa de cada mañana, estimo que todas esas emociones encontradas que te propone la vida, se van apagando cuando llega la hora de entrar al jardín; y no es que se van, solo que se encienden después del horario de salida; o después de después del horario de salida, porque no todas/os llegan siempre a horario.

Hoy es el día de los Jardines de Infantes y me quedo pensando en Rosarito Vera, como la nombra la canción que tanto me gusta escuchar. Una mujer que tuvo que enfrentarse a la vida, huérfana desde muy pequeña; y menos mal que tuvo una tía bondadosa que la terminó de criar como Dios manda. Y dedicó toda su vida a la enseñanza, muriendo con dolores y sin hijos. Imagino las voces juzgadoras de la época, Rosarito maestra, Rosarito solterona, Rosarito brava; ¡brava Rosarito!, ¡¡porque dicen que tenía un carácter!!.

¡Bravo Rosarito! El género agradece tu historia, fuiste “grande entre las grandes”, como dice otra canción, aunque no de vos específicamente. Pero por qué no: “madre del alma, Sarmienta inmortal”

En el Día de los Jardines de Infantes, vaya nuestro reconocimiento a todas aquellas docentes que cada día salen a “defender” sus guardapolvos, reivindicando el nivel y dándole sentido al “cuadrillé”. A quienes se ocupan de conocer a sus niñas y niños, desde una mirada “bajita”, a ras del piso, acortando distancias y abrazando lo nuevo, sin juicios previos.

Y en ese reconocimiento, no podemos menos que pensar en Rosario Vera Peñaloza como una de las pioneras sobre la que podríamos sostenernos para continuar un camino que nos ponga en nuestro justo lugar. Vale citar lo que sobre ella se ha escrito en “Biografías maestras”:

“Podríamos decir que la historia del nivel inicial en la Argentina se nutre de una construcción de relatos que toman esencialmente las voces de educadoras que, asumiendo el compromiso social y político de sus acciones,



no se resignaron a reducir las experiencias de la primera infancia a cuestiones del orden de lo familiar o asistencial. Persuadieron, con su prédica y acción, a la sociedad civil y al Estado para que desde la educación inicial se les tienda a los niños los primeros enlaces con la apropiación y producción de saberes. En este sentido, retomar la herencia y el legado de la educadora Rosario Vera Peñaloza se nos presenta como una tarea ineludible. Su inscripción en la historia del nivel inicial en la argentina devela la lucha persistente que nuestras antecesoras tuvieron que sostener en pos de lograr la legitimidad tanto pedagógica como política de aquel.”¹

Conocer un poco más acerca de nuestras predecesoras, nos da la posibilidad de pensar-nos como mujeres de un momento histórico sin igual en nuestro país. Momento en el que no solo estamos reivindicando al género en los distintos órdenes de la vida, sino que tenemos la tarea de enseñarlo nada menos que en la primera infancia. Por eso, nuestro deber de estar a la altura de tanta responsabilidad.

¹ Ponce, Rosana (2011) *Biografías Maestras*. Ministerio de Educación de la Nación. Compiladora Analía Quiroz;